

¿Cómo es la esposa perfecta?

Hay quien piensa que debe tener veinte años, y hay quien piensa que esto es un disparate. Como en todo, afortunadamente, hay gustos para cada cual. Hoy que rompemos una lanza para las «no tan jóvenes», publicamos—en el mayor anonimato—lo que una personalidad de las letras nos dice de su opinión sobre el caso.

★

La esposa perfecta es alta; no medirá menos de un metro sesenta y cinco. Porque una mujer debe tener prestancia, esa cualidad tan necesaria para la personalidad, y la verdad, es que a pocas mujeres les es negada ésta.

La esposa perfecta es esbelta. La pesadez física denota demasiado a menudo poca agilidad espiritual. Pocas mujeres verdaderamente gordas son sutiles. También es cierto que cualquier mujer, con sólo proponérselo, puede permanecer esbelta.

Si no la importa su propio aspecto, es que no tiene gusto, y sin gusto, ¿cómo puede ser perfecta?

La esposa perfecta es rubia. Naturalmente, montones de morenas hay que son adorables; pero no poseen esa calidad vaporosa que hace a las rubias tan atractivas. Además, que nadie pide que el rubio sea natural. La mayor parte de las mujeres pueden convertirse en rubias sin que esto se note a primera vista.

Es, por lo tanto, con poco trabajo y sin mucho gasto con lo que fácilmente se puede conseguir uno de los atributos del ideal. La mujer ideal no tendrá menos de cuarenta y cinco años. Puede tener algunos más. Quizá haya quien proteste, diciéndome que hable con sentido común. ¿Puede un rostro, aunque sólo sea ligeramente ajado, compararse con la frescura de un cutis de veinte o treinta años? ¡Claro que sí! Porque sólo con los años puede el carácter físico y espiritualmente llegar a formarse. Porque es sólo gracias a los años que un rostro de mujer puede reflejar los pensamientos y emociones más predominantes en ella y así conseguir lo más interesante de todo, es decir, personalidad.

El rostro de una muchacha es como el apunte de un pintor. Su carácter, igual. Sus facciones están ligeramente esbozadas, no dibujadas ni marcadas. Su rostro puede ser bellísimo, pero no estará completo, y en consecuencia, no llegará a la perfección.

Puesto que la edad va haciendo a las mujeres más modestas, lógicamente las hace no darse cuenta de su propio valor. Se imaginan sincera, aunque equivocadamente, que la vejez que se les aproxima les hace inferiores a las jóvenes. Y para compensar esta supuesta inferioridad, deseosas de conservar o conquistar el hombre a quien quieren, tratan de ser más dulces, más persuasivas, más fáciles de convivir que una mujer de veinticinco años.

Debo advertir, además, que alrededor de los cuarenta y cinco años, la vista de la mayoría de las personas tiene su tendencia a bajar y se hace necesario el uso de lentes. Si un hombre ama a su mujer, quiere conservar su cariño, es él el primer interesado en que ella no vea sus imperfecciones físicas, así, pues, debe felicitarle de que la vista de su esposa, siendo menos penetrante, la haga más fácil de contentar.

La esposa perfecta tiene unas manos bellísimas.

Tengo la impresión de que la mayoría de las personas no dan bastante importancia a las manos. Mira un hombre a una mujer y la encuentra agradable; sus facciones amables, su inteligencia, despierta; sus maneras, irreprochables. Sin embargo, hay algo que no acaba de convencerle. Probablemente es que ha descubierto que sus manos no son bonitas.

Naturalmente, la esposa perfecta es muy bella. Pero creo que cualquier hombre inteligente preferirá que su esposa tenga la nariz un poco larga o unos ojos discretamente bellos y unas manos maravillosas, que sus facciones sean perfectas y sus manos sean feas. Se dice a menudo que a través de los ojos mira el alma. Muchas veces son las manos las que revelan el gusto, la distinción y la delicadeza moral de su poseedora.

La perfecta esposa no bebe alcohol, y su cabeza apenas si resiste media copa de champán y escasamente el vino. No la gusta bailar ni siquiera con su

(Continúa en la página 54.)